

Algar

COLECCIÓN
CALCETÍN

Jack Piesalados

Philip
Pullman

Dibujos de
David
Mostyn



LA LEYENDA DE JACK PIESALADOS

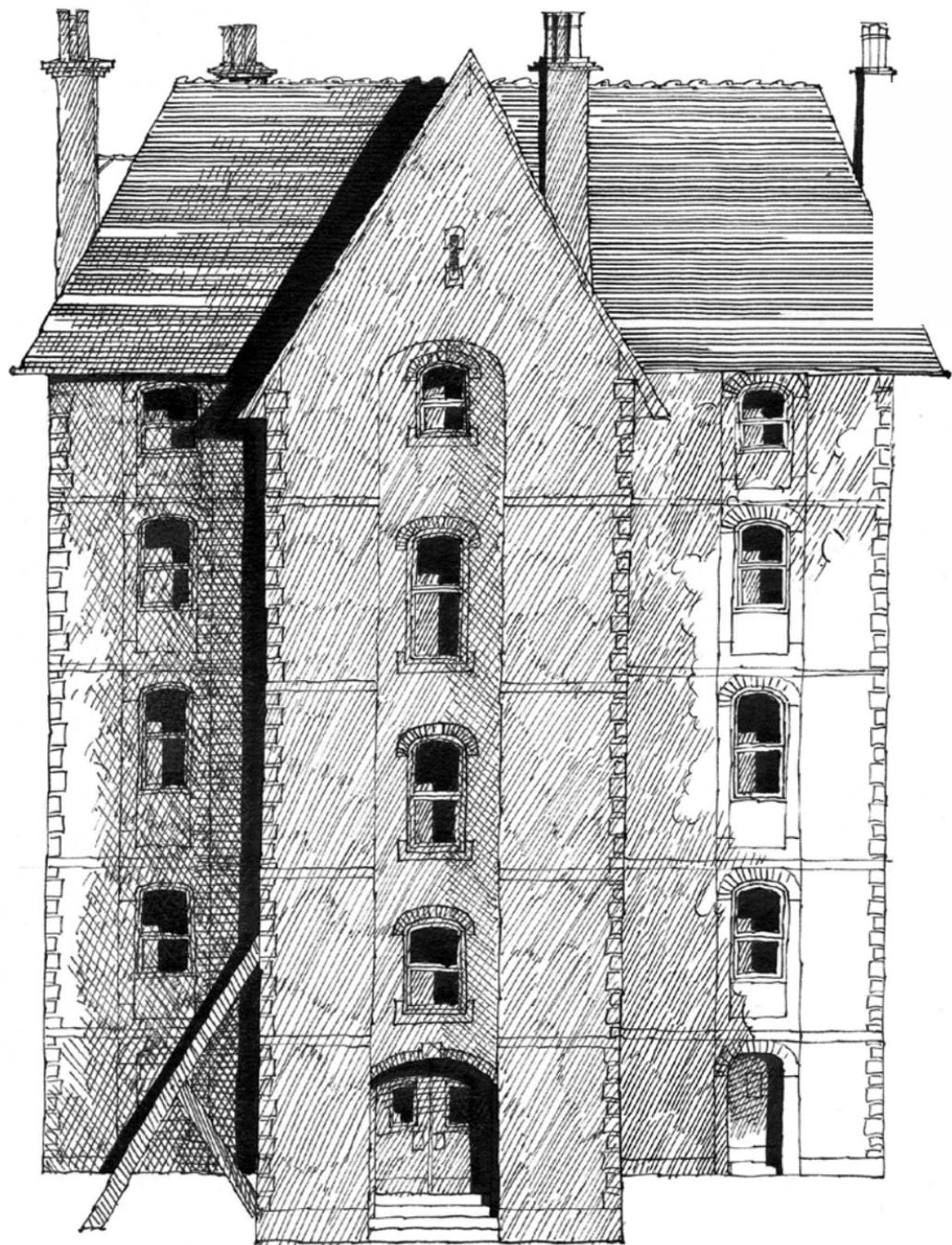


En la época victoriana, antes de que la gente oyera hablar de Superman y de Batman, había otro héroe que combatía el mal y ayudaba a los desvalidos: era Jack *Piesalados*.

Nadie conocía su nombre auténtico. Únicamente se sabía que iba vestido como el diablo, que podía subir por las paredes, gracias a unos muelles que llevaba en los talones de sus botas, y que todos los malhechores con los que se enfrentaba acababan de muy mala manera.

Naturalmente, un personaje tan misterioso como Jack *Piesalados* ha generado un sinfín de historias. Cuando la gente comentaba que Jack *Piesalados* se había dejado ver por las calles, todo el mundo se quedaba en casa y nadie se atrevía siquiera a mirar por la ventana. Porque podía ser un hombre o podía no serlo. Y algunos de sus hechos fueron demasiado malignos para disipar las dudas.





CAPÍTULO UNO

«Era una noche oscura y tormentosa...»

ALEXANDRE DUMAS

Los tres mosqueteros



Era una noche oscura y tormentosa. En la ciudad de Londres, el viento balanceaba las barcas en el río y esparcía la lluvia por las calles y los callejones, la hacía rebotar contra todas las escaleras y la hacía penetrar incluso en las puertas y en las ventanas cerradas.

Nadie se atrevía a sacar la nariz a la calle, si tenía una buena excusa para quedarse en casa; nadie que fuera respetable, claro. Sólo los gatos y los criminales tenían algo que hacer aquella noche e, incluso ellos, procuraban mantenerse a cubierto.

Pero en el tercer piso del Orfanato Conmemorativo Concejal Embrollo, alguna cosa se movía.



Rose, Lily y Ned habían pasado dieciocho meses en el orfanato, desde que el barco en el que navegaba su padre había naufragado en el océano Índico. El hombre había marchado a buscar fortuna en las minas de oro de Australia y ya no regresó nunca. La madre de los niños había muerto poco tiempo después y los tres habían ingresado en el Orfanato Conmemorativo Concejal Embrollo, donde el puré era tan sutil y fino como las mantas y tan frío como las sonrisas que lucían los guardianes. No era extraño que quisieran escapar.

De su madre, sólo conservaban un recuerdo: un retrato enmarcado en oro que colgaba de una cadena, igualmente dorada. Lo guardaba Rose, a pesar de que las normas del orfanato obligaban a los residentes a dejar cualquier joya en manos de los guardianes.

Pero con aquel tesoro tenían más que suficiente.



Lucecita parecía contenta de poder irse con ellos. Venía de un lugar en el que había muy poco amor, pero los niños tenían de sobra.

Caminaron contra el viento, empapados por la lluvia y muy deprisa, por las calles oscuras que iban hacia el puerto. Por lo menos eso creían ellos, pero los callejones eran tan tenebrosos y había tanta niebla que, al poco tiempo, no tenían la menor idea de dónde estaban.



Se sentaron en el umbral de una casa. ¡Vaya lugar para descansar! La calle de la Niebla era la más sucia, la más húmeda y la más miserable de aquel barrio que parecía el peor del mundo y, además, se habían puesto al lado de un contenedor de basura muy peculiar.



Por fin se dispusieron a descansar un poco.
El problema era que, dentro del contenedor de basura,
había alguien.



Era Mack Navaja, el peor malvado de Londres, que había convertido aquel contenedor de basura en su refugio.

Jamás se ha conocido un hombre más malvado que Mack Navaja. Los gatos, las ratas, los policías y los asesinos, huían cuando aparecía Mack. Era el Rey del Crimen.

«Oh, qué jóvenes tan estúpidos», pensó Mack Navaja, mientras salía del contenedor. «¡Mira que son inocentes! ¡Mira que son tontos! ¡Menuda suerte he tenido!»

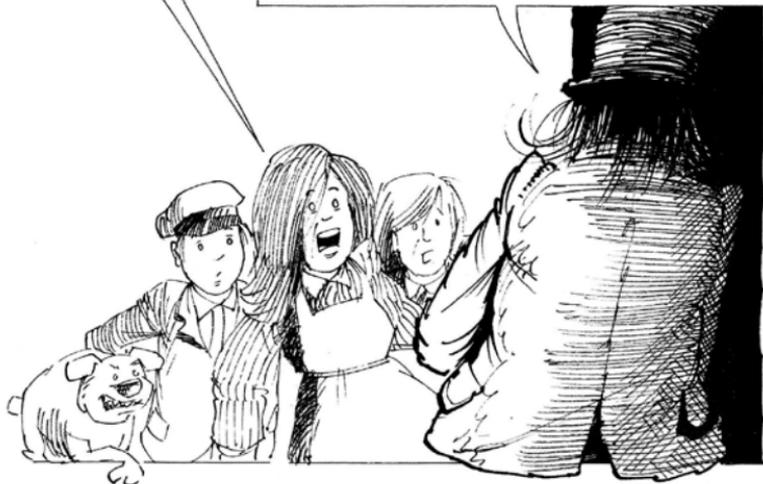
UN GOLPE FÁCIL PARA UNA NOCHE DE NIEBLA. AHORA, BUSQUEMOS ESE RETRATO TAN VALIOSO. ¿QUIÉN LO LLEVARÁ COLGADO DEL CUELLO?



El malvado se les acercó poco a poco, intentando vislumbrar el brillo del oro entre las sombras. Pero, de repente, Lucecita levantó sus orejas y lo olfateó.

¡SOCORRO! ¡NOS ROBAN! ¡JESINO!

OH, VENGA, HACE SEMANAS QUE NO MATO A NADIE, EXCEPTO A SAM, PERO FUE POR UNOS NEGOCIOS... ¡BASTA DE CHARLA! QUIERO EL RETRATO. ¿QUIÉN LO LLEVA?



-¡Ladrón, malvado! -gritó Ned-. El retrato de mamá es para pagar nuestros pasajes a América...

-¡No, no será así! -dijo Mack Navaja-. Servirá para comprar un pastel de carne y una botella de coñac. ¡Arriba las manos!

-¡Jamás! -gritó Ned.

Y, al instante, él y Lucecita se abalanzaron sobre Mack Navaja, le golpearon, le pellizcaron, le gruñeron, le mordieron, le escupieron y, por decirlo en pocas palabras, no le hicieron nada bueno.



Pero con Rose a un lado y con Lily al otro, y puesto que no sabía cuál de las dos llevaba colgado el retrato, Mack Navaja era un mar de dudas. Si se decidía por Lily y la joya la llevaba Rose, podía quedarse sin nada; pero si la joya la tenía Lily y él se decidía por Rose, tampoco la conseguiría. Aunque, por suerte para él, tenía a Ned bien sujeto.



Las niñas no sabían qué hacer.

–No le deis nada, hermanitas –gritaba Ned–. ¡Somos indomables!

–¡Qué lengua! –Dijo Mack–. Bueno, os lo voy a explicar: me traéis la joya al amanecer y yo os devolveré, entero, a vuestro hermano. Si no me la traéis, también os lo devolveré, pero en mil pedazos... La elección es vuestra.

–Pero, pero...

–¡Vamos, capullito!

Y se marcharon. Se perdió en las tinieblas de la noche, con Ned en brazos.



¡Un auténtico desastre!

Pero, entonces, un trueno poderoso rasgó las tinieblas. Hasta la niebla se apartó y cuando las niñas miraron las estrellas vieron...



¿El diablo?

Y, si no era el diablo, ¿quién diablos era?

De repente, la sombra se elevó como un cohete y, luego, aterrizó...



...exactamente delante de las niñas, que GRITARON:



NO NOS
HAGA DAÑO.



¡NO TEMAIS! NO. NO SOY
EL DIABLO. ¡SOY JACK
PIESALADOS!

¿EH? ¿QUIÉN?



Jack Piesalados parpadeó. Era como si, en la actualidad, alguien preguntara quién es Batman.



Rose y Lily siguieron a Jack Piesalados, que las condujo a través de un laberinto de callejones estrechos, llenos de almacenes abandonados y de sórdidos fumaderos de opio y, por el camino, fueron explicándole su historia.



Cuando terminaron, Jack Piesalados frunció las cejas, enfadado.

—¡Nada me detendrá!—dijo—. Recuperaréis a vuestro hermanito y tendréis vuestros pasajes para América. Conozco un escondite donde estaréis seguras. No os preocupéis porque Jack Piesalados se encargará de todo...

Y continuaron caminando a paso ligero por callejones y plazas hacia una taberna que había en Blackfriars.

